

ESTO NO SON CUENTOS

por Rafael Juárez

José Bernal Castro eligió para que nos encontrásemos una cafetería de la calle Santa Fe con Río Bamba, en Buenos Aires. Lo que me contó y yo voy a recontar necesita para su cabal comprensión una relectura del cuento titulado «La vida por la opinión», con el que Francisco Ayala cerró su libro *La cabeza del cordero*. Porque el padre de quien me hablaba aquella calurosa siesta fue José Bernal Ulecia, el profesor que vivió encerrado casi nueve años, oculto en su casa sevillana del barrio del Museo, como flagrante perdedor de la guerra del 36, para salvar la vida. José hijo escribirá pronto la historia que publicó Ayala a partir de las palabras de su padre, pero desde otro punto de vista: el del niño que, nacido en 1937, creció entre aquella casa madriguera y una ciudad convertida en coto de caza; de ambas conserva imágenes que, para desdecir la mala fama de la memoria madura, están, me dice, cada día más vivas. Por ahora, el lector que quiera saber algo más de cómo la historia de aquel topo, y la de su familia, desembocan en Buenos Aires, que vuelva, insisto, a «La vida por la opinión».

En Buenos Aires el padre de José, que había sido profesor, según sabemos, en un pueblo de la provincia de Cádiz, rehízo su vida como vendedor de corbatas, para empezar, y tras avatares inimaginables, y ya con su familia al completo en la patria de acogida, devino librero. ¿Cómo se llamaba vuestra librería?, le pregunto entonces a José. Sevilla, me contesta. Y necesitamos respirar hondo para continuar hablando.

José Bernal Ulecia y Pilar Castro García fueron padres de tres hijos: mi nuevo amigo y sus hermanos Ricardo (el del cuento de Ayala) y Rafael. Pasaron dieciséis años y el menor, que tenía seis meses cuando se embarcaron, hojeaba un día un libro cualquiera en la librería Sevilla de Buenos Aires, un libro de cuentos. Por azar, se fijó en el último. Hay que suponer que con interés creciente, lo leyó de punta a rabo: leyó de punta a rabo los años cruciales de la historia de su familia, contados por su padre a Francisco Ayala y por Francisco Ayala a cualquiera que abra *La cabeza del cordero*, incluidos sus protagonistas; bien lo sabe el lector que haya llegado hasta aquí y esté pensando en Ulises, en Don Quijote.

Pero nos sigue faltando un punto de vista imprescindible: yo creo que porque de verdad lo va a escribir pronto (y hay cosas que solo se pueden decir una vez), José Bernal Castro evitó hablarme de aquellos días azules, de sus primeros años en Sevilla.